

ALMANAQUE BIOGRÁFICO.

Inauguramos este año una sección que continuará en los sucesivos, y formará una interesante galería biográfica.

Dividimos esta sección en dos partes: la primera, consagrada á las celebridades más en boga; la segunda, á los hombres célebres que fallezcan durante el año.

En la primera publicamos las biografías de los políticos Rivero, Orense, Ruiz Zorrilla, Ayala, Caballero de Rodas, Manterola, Ochoa, y la del músico que más popularidad tiene en el día, el célebre Offenbach.

En la segunda conmemoramos al ilustre marino Mendez Nuñez, al infortunado gobernador de Búrgos, á D. Joaquín Aguirre, al famoso lidiador Cúchares, y á los extranjeros Berryer, mariscal Niel y Rostchild.

En España hemos tenido que lamentar también la muerte del señor D. Manuel de Seijas Lozano, político de gran ilustración, la del catedrático y distinguido filósofo, Sr. Sanz del Río, la del general Lara, la del conde de Fuentes y algunas otras no menos sensibles.

Dispuesto nuestro plan, damos ahora comienzo á nuestra galería.

D. NICOLÁS MARÍA RIVERO.

No es D. Nicolás María Rivero un personaje desconocido.

Su nombre empezó á conocerse en España al mismo tiempo que los principios democráticos.

Su historia es por lo tanto pública y puede asegurarse que es la encarnación de la democracia española.

Su palabra ha formado este partido.

D. Nicolás María Rivero nació en Sevilla el día 6 de Diciembre de 1814.

Va á cumplir, pues, 55 años.

De estatura mediana, sin ser obeso, es de abultadas formas.

Su cara inteligente, viva, no parece de su cuerpo; pero fascina de tal modo, que las formas vulgares, iluminadas con el resplandor de unos ojos centellantes, de unas facciones vivas, pierden su vulgaridad y forman un conjunto cuya impresión no puede olvidarse.

Los años y los trabajos no han encanecido aún al fundador y jefe del partido democrático español.

Una barba y un bigote negros conservan á su fisonomía el tipo árabe, propio de la patria en donde nació.

Bosquejado el retrato físico, vamos á trazar el retrato moral.

Desde los primeros años de su juventud la imaginación le ofreció el espectáculo de las bellezas de dos ciencias á cual más importantes.

La jurisprudencia.

La medicina.

Por este camino buscaba el secreto de la humanidad.

El médico y el legislador no hacen más que estudiar enfermedades.

El primero, combate las dolencias del cuerpo.

El segundo, las dolencias del alma.

En estos estudios se formó su inteligencia.

El joven adivinó en sí al hombre político, y se consagró por el último con mayor afición á la jurisprudencia.

A los treinta y un años se hizo abogado, y después de predicar la democracia en Sevilla vino á Madrid.

Su firma apareció en el primer manifiesto democrático que circuló en España, y el partido que hoy ha crecido tanto se formó en torno suyo, á su calor.

Su imaginación le presentaba las ideas con todas las bellezas que en sí encierran;

su razón examinaba con serena frialdad, analizaba con minuciosa crítica su bondad, y después acudía en su auxilio la voluntad de hierro que poseía para darle el valor de sus convicciones, perseverancia y la energía que han constituido su misión propagandista.

Sus amigos, sus discípulos de ayer, le culpan porque se ha detenido, porque se ha parado á reflexionar antes de lanzarse á lo desconocido; porque antes de entrar ha buscado la salida.

La revolución de Julio de 1854 le sacó de la cárcel para llevarlo á las Constituyentes.

Algunos meses después, el día 2 de Marzo de 1856, fundó *La Discusión*; periódico que obtuvo verdadero éxito por la templanza con que discutía con los demás diarios.

Desde las columnas de *La Discusión* combatió á todos los gobiernos que se sucedieron; al mismo tiempo propagó las doctrinas democráticas.

En 1859 fué elegido diputado por Murviedro.

El gobierno le hacía una encarnizada oposición.

Entonces fué cuando uno de los que apadrinaban su candidatura, el Sr. D. Tomás Brú, fué alevosamente asesinado el día anterior al señalado para las elecciones.

Los señores Rivero y Orense, íntimos amigos entonces, abrieron una suscripción en favor de las huérfanas del señor Brú, con la que consiguieron hacer una obra de caridad y presentar al gobierno un partido compacto y enérgico.

Como un rasgo del carácter firme y resuelto del señor Rivero, debemos recordar el episodio de la sesión del 7 de Febrero de 1859.

Llegó al salón, permaneció de pie delante de su asiento durante la lectura del acta, y al terminar esta pidió la palabra.

—No me sentaré, dijo, sin protestar antes solemnemente contra el decreto de 2 de Setiembre de 1856, que declaró disuelta la Asamblea constituyente y soberana.

Esta declaración produjo un conflicto.

—¡Qué retire esas palabras! gritaban los diputados de la mayoría.

—¡No las retiraré! contestó Rivero.

Le amenazaron con expulsarse del Congreso... todo fué inútil: permaneció firme en su puesto.

El solo riñó infinitas batallas con los ministros, y en las discusiones sobre las cuestiones de Italia y de Méjico, acabó de acreditar su talento y su profunda ilustración.

Por aquel tiempo hacía una vida en extremo laboriosa.

Escribía y hablaba sin descanso.

Por las noches solía ir al café Europeo

hablaba de política con sus amigos, y jugaba al dominó con su entusiasta admirador Manuel Fernández y González.

Muchas noches reñían los dos amigos al final de las sesiones, pero se buscaban al día siguiente.

Fernández y González le consideraba como un oráculo.

—¡Lo ha dicho D. Nicolás! exclamaba con su voz cavernosa.

Para él no tenían vuelta de hoja las frases de su ídolo.

Disidencias que estallaron en el seno del partido democrático, inspiraron á Castelar el propósito de fundar *La Democracia*.

Rivero no quiso convertirse en Saturno, y dejó á sus hijos el campo.

Traspasó *La Discusión*, y abrió su bufete de abogado.

Antes de desprenderse de su periódico, le ocurrió un incidente desagradable.

Censuró en *La Discusión* el castigo que se había dado á un soldado del regimiento de Borbon.

Era coronel de este regimiento el señor Caballero de Rodas.

La cuestión se llevó al terreno del honor y el Sr. Rivero recibió un balazo en el vientre.

Su salud quedó quebrantada.

Hoy, estoy seguro de ello, los dos adversarios unidos por un sentimiento común y generoso, son verdaderos amigos.

Hemos trazado la historia y la fisonomía del presidente de la Asamblea.

No sabemos cual es el porvenir que le está reservado.

Que tiene grandes dotes de hombre de Estado, no es posible negarlo. Que sus doctrinas han triunfado, lo dice la posición que ocupa.

En cuanto al porvenir que le aguarda... el porvenir es un libro cerrado.

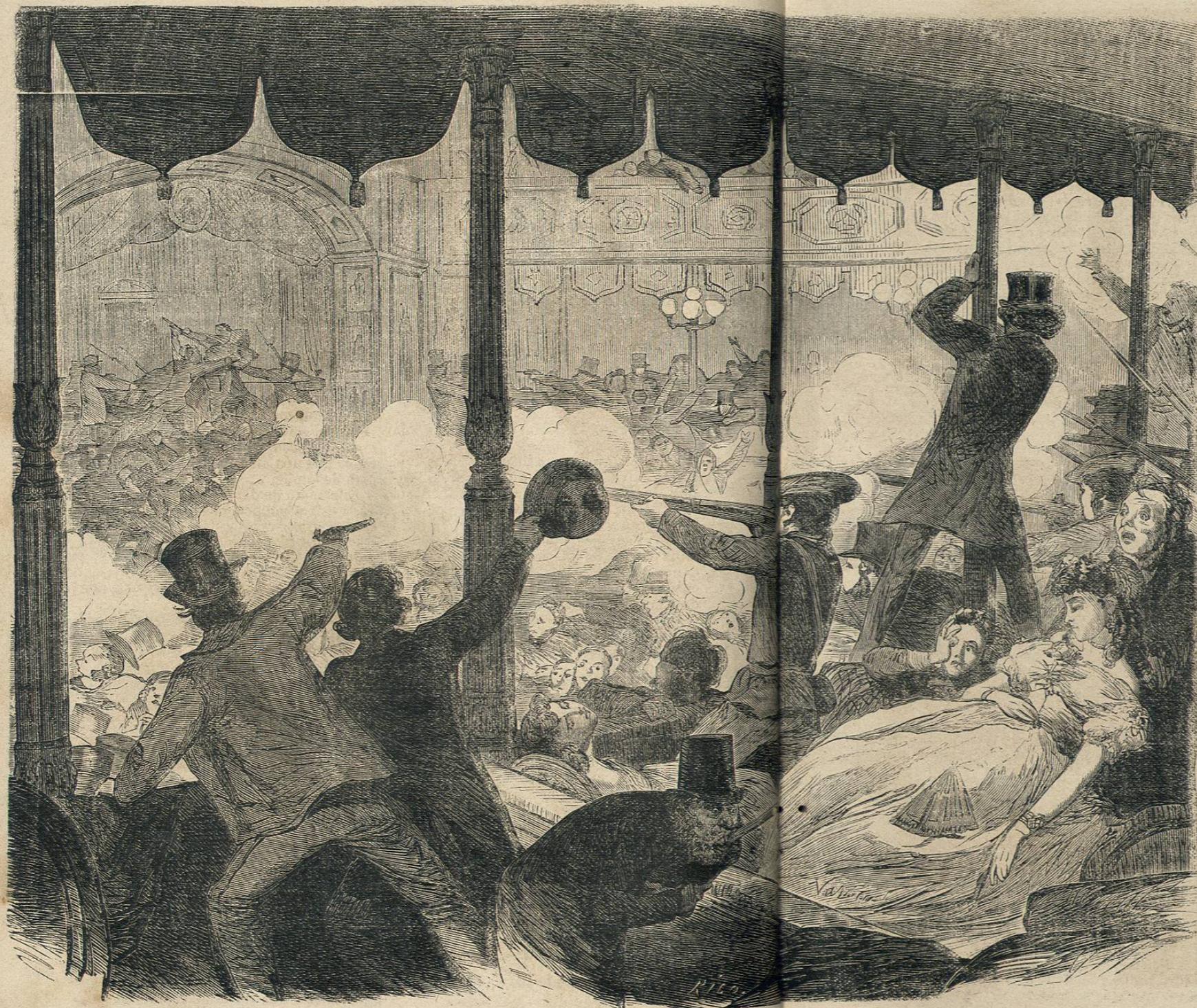
D. JOSÉ MARÍA ORENSE.

El Sr. D. José María Orense, marqués de Albaida, es lo que podría llamarse un político de cosas.

En efecto, nada hay más original que la personalidad del jefe del partido republicano.

Hay en su esencia una mezcla de seriedad y de alegría, de llaneza y de etiqueta, parece que dos elementos combaten siempre en él, y así á la buena de Dios suele hacer lo que quiere, decir todo lo que se le antoja, y tratar á todo el mundo como conviene á sus aspiraciones ó á sus caprichos.

Ha logrado, sin embargo, que nadie se ofenda. El que oye de sus labios una ver-



ALBOROTOS EN EL TEATRO DE VILLANUEVA, EN LA BANA.

dad ó un ataque aun cuando se incomode, saluda la intencionada frase con esta exclamacion:

—Cosas del Sr. Orense.

El Sr. Orense es un discípulo de la revolucion francesa.

Los principios que aquella conquistó rodearon su infancia, y acaso fueron los primeros juguetes de su imaginacion.

Descendiente de una noble familia, rico, con un titulo honroso, la verdad es que ha sacrificado á sus ideas politicas, reposo, hogar, fortuna y todo: en esto hay que hacerle justicia.

Pero desde el principio de su carrera dió á conocer su pintoresca oratoria, su carácter original, su ambicioso deseo de formar al hombre, de constituir á la sociedad á la imagen y semejanza del bello ideal de su politica inquieta y avanzada.

Oiganle Vds. referir sus primeros pasos en la carrera politica.

—«Yo vine á estos bancos, decia en el Parlamento en una réplica, en 1844, pero no vine como diputado progresista, es decir, no me mandó aquí el partido progresista, y esto redundo en mayor mérito mio. Tampoco me mandó el partido moderado. Fué una eleccion de esas que se llaman de familia.»

Este modo de dar á conocer su aparicion en la esfera politica, es suficiente para caracterizarle.

Pero sigamos pintándole con sus propias palabras.

Tratando en una sesion de las Córtes de animar á la Asamblea á aceptar sus ideas revolucionarias:

—«El dia en que uno se muda de una casa mala á una buena, dijo, está peor en la buena que en la mala; pero al cabo de cierto tiempo de estar en la buena, se encuentra perfectamente.»

La revolucion es la mudanza.»

Manifestándose partidario de la abolicion de las aduanas:

—«Quiero, dijo, que se vayan modificando los derechos del arancel hasta que lleguemos á la libertad de comercio. Entonces hay que quemar la aduana para siempre; no hablo de los edificios, porque el quemarlos seria una brutalidad.»

Todas estas frases revelan la llaneza de su palabra.

Se ve que dice todo lo que se le ocurre, en la forma primera que se le viene á los lábios.

En el discurso de donde tomo estos periodos, se ocupó tambien de la reforma social.

—«Vamos ahora, dijo, á este coco que parece que nos va á tragar á todos.»

«Señores, una vez establecido el socialismo, tal como yo lo entiendo, es cuando las propiedades, las mujeres de cada vecino

estarán más seguras que nunca: no hay, pues, qué temer por la propiedad y la familia. Y si no, ¿qué es reforma social? La mejora sucesiva del modo de vivir las clases pobres... En el sistema actual, la tendencia es que los ricos sean más ricos y los pobres mucho más pobres.»

Oponiéndose á que la influencia de las circunstancias dominase la marcha del pueblo español,

—«No quiero, dijo, constituciones índices, porque el pueblo español no anda errante por el desierto ni necesita como los pueblos primitivos, llevar sus leyes en dos tablas.»

Estas y otras frases tomadas de sus discursos, de sus réplicas, de sus interpelaciones, de sus diálogos, producirían un libro divertido en extremo.

Obligado por hallarse solo en las Cortes de 1844 á 1845, á hacer una oposicion tenaz á las doctrinas de la Asamblea, en aquella legislatura dió á conocer su genio vivo, sus originales vulgaridades, y tomó ese color, ese tono, ese carácter que le ha hecho llegar á nosotros como un verdadero tipo.

Oíidle discurrir sobre las revoluciones.

El Sr. Orense las considera como un mal necesario.

—¡Como las sangrías!

Esta es su frase.

Hablando de los sacrificios que la revolucion impone á los hombres de Estado,

—«Sabido es, dijo, que en Roma tuvo Junio Bruto que cortar la cabeza á sus hijos, porque conspiraban en favor de la tiranía de los tarquinos, cosa en verdad que yo no hubiera hecho.»

Prosiguiendo nuestra tarea de ir reuniendo rasgos para formar su fisonomía, necesitamos recoger de sus lábios nuevas y no menos escéntricas frases.

Preguntadle qué le parece Napoleon, y os responderá:

—Es el tirano de París.

A doña Isabel de Borbon la llamaba especie de reina.

La union liberal le ha parecido siempre, y en su último discurso ha repetido la frase: *Una tortilla de huevos podridos.*

El Sr. Orense busca con preferencia las imágenes en los objetos de la vida doméstica.

—Los comestibles siempre están en su boca, decia al oírle hablar hace poco un diputado de la mayoría.

Un día le llamó al orden un presidente de la Cámara, rogándole que no se saliera de la cuestion.

—No admito al señor presidente, contestó, como maestro mio de lógica. Solo le acepto como presidente.

Un orador trató de convencerle de que

la situacion de 1844 era una nueva era de abundancia y felicidad.

—No dudo que será una era abundante, dijo el Sr. Orense, pero con muchos gorriones que se comerán el grano.

Dado el carácter español, la escasa ilustracion de las masas, y la tendencia á la broma que nos domina, se comprende que el Sr. Orense haya llegado á ocupar el primer puesto en el partido republicano.

Los adversarios del Sr. Orense le pintan caprichoso, raro; los hombre serios le quieren, pero no le dan gran importancia.

Algunos aseguran que en la práctica ha estado algunas veces en pugna con sus teorías.

Yo declaro que le creo un hombre de buena fé, excelente ciudadano, observador de las buenas costumbres, todo el tipo del padre de familia.

Concluyamos el retrato moral con el bosquejo físico.

El señor marqués de Albaida podrá tener unos sesenta y dos á sesenta y nueve años. La edad no ha envejecido su alma.

Sus facciones conservan aun cierta pureza.

Quando no habla parece muy sério.

Su cabellera cana, las arrugas discretas de su rostro, la rigidez de sus labios, todo el conjunto de su fisonomía inspira veneracion.

Pero su genio vivo descompone al hablar su rostro y cambia su fisonomía.

Si despues de verle en el retrato que reproducimos le vieran Vds. perorando, no le conocerian.

D. MANUEL RUIZ ZORRILLA.

Nació D. Manuel Ruiz Zorrilla en el Burgo de Osma el año 1834.

Sus primeros estudios los hizo en Valladolid, donde emprendió la carrera de leyes, pasando luego á Madrid, hasta que tomó el título de abogado.

Desde sus primeros años se afilió de todo corazon en el gran partido liberal.

Diputado de oposicion en las legislaturas de 1856 hasta 1861, fué uno de los más valientes adalides del partido progresista, á quien prestó muchos servicios con su enérgica elocuencia, mereciendo ser nombrado secretario de las Cortes.

Por aquella época escribió un folleto titulado *Tres negaciones y una afirmacion*, violento ataque al bando neo-católico, á quien siempre ha manifestado la más cordial animadversion. Este folleto le ocasionó no pocos disgustos y persecuciones.

D. Manuel Ruiz Zorrilla ha formado parte de las Juntas revolucionarias, y se ha

hallado siempre en el punto del peligro cuando ha tenido que luchar la patria por reconquistar su libertad.

El 22 de Junio se halló en Madrid, y á consecuencia de aquellos desgraciados sucesos, tuvo que refugiarse en Francia.

Quando estalló en Cádiz la revolucion de Setiembre, llegó á la ciudad de Hércules el 17 con Prim y Sagasta, siendo recibido en la fragata *Zaragoza* por el capitán Malcampo.

Al formarse el Gobierno provisional, fué nombrado ministro de Fomento, y se distinguió en este ministerio por sus medidas revolucionarias.

Despues de nombrada la Regencia pasó al ministerio de Gracia y Justicia, cuya cartera desempeña en los momentos en que terminamos este bosquejo biográfico.

Para terminar, diremos que es el hombre político que más caracteriza al partido progresista en su elemento jóven.

CABALLERO DE RODAS.

En Julio de 1854 tuvo lugar la accion de Vicálvaro, accion que dió nombre á un partido político.

Entre los heridos de aquel combate hubo uno que excitó un vivísimo interés.

En primer lugar, habia hecho heroicidades durante la pelea; en segundo, despues de haberle dejado como muerto, de haberle hecho sufrir la difícil y peligrosa operacion del trépano, iba poco á poco mejorando hasta el punto de hallarse en breve tiempo bueno y sano, aunque reemplazado en su cabeza el hueso occipital por una placa de plata.

Desde aquel momento empezó á adquirir aura popular Caballero de Rodas.

Sus compañeros contaban mil aventuras peligrosas en las que habia tomado parte; quien ponderaba su serenidad, quien su arrojo. Hasta los soldados que habian servido á sus órdenes hablaban con supersticiosa admiracion, no ya de su valor, sino de su temeridad.

A pesar de todo, fué haciendo su carrera poco á poco, hasta llegar á coronel.

Al bosquejar el retrato de D. Nicolás Maria Rivero, hemos referido el duelo que hubo entre este personaje y Caballero de Rodas.

Distinguióse este en la guerra de Africa, y todos los que conocian el prestigio que adquirió en el ejército, la energia de su carácter y sus condiciones de mando, le aseguraban uno de los primeros puestos en la milicia.

No se en gañaron.

Desterrado por el ministerio Gonzalez

Brabo, se unió á los generales que llevaron á cabo la revolucion, y desempeñó uno de los principales papeles en la batalla de Alcolea.

Elegido diputado por Zamora, su país natal, vino á las Cortes Constituyentes.

Encargado de desarmar á los republicanos de Cádiz, Jeréz y Málaga, llevó á cabo esta empresa, dando lugar á que muchos políticos de los que creen que sin un general delante son ceros á la izquierda, pensasen en él para erigirle en jefe de partido.

La fama de su energia llegó á las Antillas, y cuando el gobierno le encomendó la capitania general de Cuba, su nombramiento fué muy bien acogido.

En los momentos en que escribimos, todavia desempeña este cargo.

Caballero de Rodas es en la vida intima la antítesis de lo que es como militar.

Afable, bromista, expansivo en el seno de la amistad, amenaza su conversacion con anécdotas graciosas y oportunas; es naturalmente epigramático, y hay pocos que comprendan mejor que él la vida de la familia.

Tal es el bosquejo del general que debe á su valor y á su prestigio en el ejército la elevada posicion á que ha llegado.

D. ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

El principal agente de la revolucion de Setiembre, el autor del ingenioso plan que dió á conocer en su carta el señor Lagier, célebre capitán de la goleta *Buenaventura*, merece ocupar un puesto en nuestra galería.

Como ministro no ha logrado que su fama iguale á la que tiene y tendrá siempre como poeta; pero aunque la pasion política ha tratado de amanguar su mérito, no se puede negar que es uno de los hombres más dignos de llamar la atencion pública. Vamos á bosquejar su retrato.

En una tarde del Otoño de 1845 se hallaba un jóven de diez y seis á diez y siete años en el hogar de una posada de la calle de la Alhóndiga de Sevilla.

Serviale la comida una de las mozas, cuando llegaron dos alguaciles, y encarándose con el jóven:

—¿Vive en esta posada, le preguntaron, un estudiante á quien llaman Adelardo Lopez de Ayala?

—Aquí ha vivido, les contestó con la mayor serenidad; pero se ha marchado esta mañana á su pueblo con unos arrieros.

—El caso es que teníamos orden de prenderle.

— Pues amigos, lo que es por hoy, no son Vds. los que le llevan á la cárcel. Retiráronse los alguaciles, el jóven terminó su frugal comida, y media hora despues salia de Sevilla con direccion á Guadalcañal.

El era el que buscaban: pero su pecado,

si alguno habia cometido, no era más que un pecado poético.

Los estudiantes se habian colocado en una actitud revolucionaria.

Asistian á las clases con el airoso sombrero calañés y la capa torera; el rector no creia que este traje profano fuese el más



D. MANUEL RUIZ ZORRILLA.

á propósito para penetrar en el santuario de la ciencia, se obstinó en desterrarlo; la cuestion de las *capas y sombreros* reapareció sobre el tapete, circuló entre el gremio estudiantil una calurosa alocucion escrita en magnificas octavas reales, y como autor de esta proclama y jefe del motin por aclamacion de sus compañeros, se dispuso el

arresto del poeta, que desde el principio de su carrera conseguia con la fuerza de su poderoso talento dominar, subyugar á los que le veian y le escuchaban.

Pronto pasó el nublado, y el jóven estudiante volvió á Sevilla, donde vivió algunos años, no estudiando, sino adorando el teatro antiguo español, y soñando tal vez

con los laurelos que más tarde han ceñido su frente.

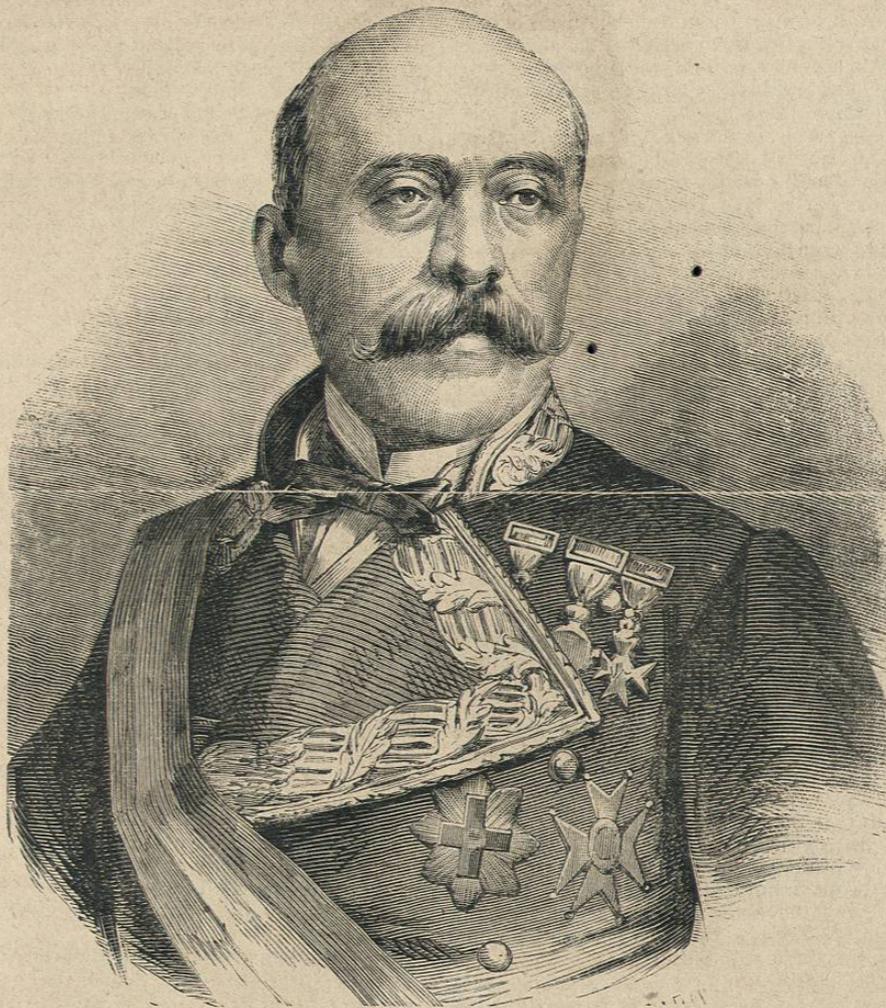
Sediento de esa noble ambicion de gloria, que hoy debe ser contrabando, puesto que los poetas que vienen á Madrid á hacer fortuna no se atreven á declararla, apenas ganó un pleito que sostenia contra la Hacienda, se trasladó á la córte.

Necesitando traspasar su matrícula, por

que estudiaba leyes, rogó á un pariente suyo, diputado á la sazon, que le recomendase al director de Instruccion pública.

Desempeñaba este cargo D. Antonio Gil y Zarate, y el pariente de Ayala, creyendo que el célebre literato se interesaria más por su recomendado sabiendo que era poeta, le dijo que hacia dramas.

Algun tiempo despues despachó favora-



CABALLERO DE RODAS.

blemente el director la instancia del estudiante, y al noticiarlo al diputado:

— Diga Vd. á ese jóven, añadió Gil y Zarate, que estudie y no se meta á escribir dramas.

Visitó el poeta á una familia aristocrática

de Madrid emparentada con la suya, habló de sus proyectos; la señora de la casa, amante de las letras, pidió al jóven el drama para leerle, y sobre un velador estaba cuando un hombre de Estado á quien debien mucho las letras españolas, el conde

de San Luis, fijó su vista en el manuscrito un día que fué á visitar á aquella distinguida familia.

Algun tiempo despues, recibia Adelardo Lopez de Ayala una expresiva carta citándole para asistir á la lectura de su drama en casa de D. Manuel Cañete, secretario y amigo del conde de San Luis, que habia leído la obra, y habia adivinado el porvenir de su autor.

El efecto que produjo esta lectura fué asombroso: un poeta ilustre, quizás el que mas entusiastas ovaciones ha alcanzado en la escena española, exclamó despues de oír una de las brillantes escenas de *El Hombre de Estado*.

—Cambiaría por ella todas mis obras.

Los que asistieron á la lectura ponderaron el génio del poeta, y no se hablaba en todas partes mas que del próximo triunfo que guardaba á Adelardo de Ayala.

El comité del teatro Español re reunió para oír el drama.

El Sr. Gil y Zárate, presidente, tenia la costumbre de dormirse durante la lectura de las obras.

Aquel día no se durmió, y levantándose al final y acercándose al jóven poeta para estrechar su mano,

—Me vuelvo atras, le dijo, no estudie usted y haga Vd. dramas.

El éxito de esta segunda lectura, y el efecto que producía la presencia del poeta, la arrogancia de su porte, la dignidad de su actitud, la entereza de su carácter, allí donde los jueces supremos estaban acostumbrados á ver al génio hacer genuflexiones, formaron el pedestal de su reputacion.

El tanto por ciento consolidó su gloria y le hizo objeto de la ovacion más entusiasta que el talento ha logrado de la admiracion pública.

Se abrió una suscripcion para costearle una corona de oro; los poetas le ofrecieron un álbum preciosísimo.

Ayala regaló la corona á su madre, á su adorada madre, que la conserva como reliquia del amor filial.

El álbum es una de las prendas más querida de su corazon.

No satisfechas sus aspiraciones con la gloria literaria, traspasó los dorados umbrales de la vida política.

Refiérese, que propuesto entonces para uno de los más elevados cargos de la nacion,

—Reconozco su gran talento, dijo el presidente del Consejo de ministros á uno de sus colegas, pero no ha hecho nada que justifique lo que merece y Vd. me pide para él.

Cuando Ayala supo esta respuesta, agradeciendo que hubieran pensado en él para una distincion que ni la habia solicitado, ni la deseaba,

—Si todos los jefes de los gabinetes fueran así, exclamó, otra seria la suerte de España.

Desde entonces concibió una opinion mucho más ventajosa de la que tenia del hombre de Estado, que se negó á concederle lo que constituye el bello ideal de casi todos los políticos, lo que la revolucion le ha otorgado.

Liberal de corazon, pero conservador de buena fé, formó parte de la misteriosa redaccion de *El Padre Cobos*, y todavia se recuerda el ingenioso rasgo de que se valió para que el Jurado adsolviese unos versos que habian sido denunciados.

Puso en prosa la idea, le dió la forma de una gacetilla, la publicaron todos los periódicos y pasó.

—¿Tendreis tan poca lógica, decia sobre poco más ó menos en su defensa, que aprobareis una idea en prosa y la condenareis en verso?

Los que acababan de coronar á Quintana no podian considerar como circunstancia agravante el metro y el ritmo, y *El Padre Cobos* fué absuelto.

Su vida pública es demasiado conocida. Estoy seguro de que los que le ven y le juzgan sin tratarle, pronuncian esta frase:

—¡Debe ser muy altivo!

Así parece á primera vista.

Difícilmente puede hallarse una fisonomía que revela un alma con más propiedad que la suya.

Basta verle para pensar: ¡Es un poeta! En cuanto á la actividad de su inteligencia, le oido esta frase:

—Ha pensado para un siglo y ha escrito para un año.

Desterrado por el gobierno moderado, juró no volver á Madrid mientras sus perseguidores no dejaran el puesto á los hombres que representasen la regeneracion de España.

Se retiró á Sevilla y allí permaneció mucho tiempo.

—¿Qué hace Ayala? ¿No escribe? preguntaban sus amigos y admiradores.

Algunos contestaban:

—Está ideando un drama.

—Escribe una obra que se titula *Mi último deseo*.

Su último deseo debia ser la revolucion de Setiembre, porque la preparaba, y como buen autor dramático, reunia los efectos para conseguir un gran éxito.

Lo cierto es que en esta empresa desarrollo una energía y una actividad inesperada en él.

Desde entonces, le calumnian los que le llaman perezoso.

En breve tiempo fué á Canarias, buscó á los generales, unió las voluntades separadas, volvió á Cádiz, redactó el primer manifiesto, acompañó al ejército libertador,

servió de embajador al general Serrano, redactó la famosa y sentida carta que el jefe del ejército de Alcolea envió al jefe del ejército que defendía á doña Isabel de Borbon, y llegó á Madrid á recoger los aplausos del entusiasmo más ardiente.

Nombrado ministro de Ultramar no ha logrado eclipsar el político al poeta.

D. VICENTE MANTEROLA.

D. Vicente Manterola nació en San Sebastian, el 22 de Junio de 1833: tiene, pues, 36 años.

Sus padres, para los que ha sido y es el mejor de los hijos, son D. José y doña Juana Perez.

Su vocacion á la carrera eclesiástica se manifestó desde muy temprano, y á los 13 años entró en el Seminario de Pamplona, donde estudió teología.

En 1855 fué catedrático de latin é historia en el Instituto de San Sebastian.

Poco despues se licenció en sagrada teología en Toledo, y se doctoró en Salamanca.

Pasó á Pamplona el 58, y allí desempeñó las cátedras de latin, griego y retórica.

El año 1860 empezó á conquistar gran fama como predicador; el 61 hizo oposicion con gran éxito á la canongia magistral de la catedral de Pamplona, y la reputacion que su talento, su ciencia y sus virtudes le alcanzaron, fué causa de que el Ilmo. Sr. D. Antolin Monescillo, obispo entonces de Calahorra, le nombrase su secretario de Cámara.

Al año siguiente, obtuvo por oposicion la magistral de la catedral de Vitoria, y desde este puesto, elegido por sus paisanos, ha venido á las Cortes Constituyentes á defender la unidad católica.

Su voz ha resonado en el Santuario de las leyes, como un imponente valladar á las exageraciones revolucionarias. No hay ya en España quien no conozca sus defensas del catolicismo y de la Iglesia; no hay ferviente católico que no haya encontrado en sus palabras fortaleza para su fé, consuelo para su alma.

Pero si el hombre público ha despertado tantas simpatías, tanta admiracion, el hombre privado es superior.

Dotado Manterola de un talento claro, de una vasta y organizada erudicion, de una imaginacion encantadora, es modesto y sencillo, afable y humilde; despues de un triunfo solo respira su rostro la gratitud.

Como hijo, es un modelo: sus afortunados padres son la envidia de todos.

Los pobres tienen en Manterola una Providencia, y sus amigos se consideran muy

dichosos con poseer su afecto, que es leal y expansivo en alto grado.

A pesar de su talento, de sus triunfos y de la influencia que ha alcanzado, no es nada ambicioso. Enseñar, predicar, consolar; hé aqui sus goces, sus aspiraciones.

Cualquiera que sea la última palabra de la revolucion de Setiembre, la historia conservará siempre su simpática figura, como un rayo de luz sobre el caos de las pasiones políticas.

D. CRUZ OCHOA.

En la breve reseña biográfica que vamos haciendo, hemos procurado dar á conocer los hombres de los diversos partidos que hay en España. Hemos presentado demócratas, progresistas, republicanos y unionistas.

En el Sr. Manterola, al defensor del catolicismo: en el Sr. Ochoa, al abogado de la causa carlista.

La historia de este jóven diputado, la noble franqueza de su carácter, la actitud enérgica que aparece colocado en la Cámara y la fé que tiene en sus convicciones, le han hecho simpático aun á sus mismos adversarios.

Hijo de una modesta familia de Navarra, entró desde muy jóven á formar parte de la benemérita Guardia civil.

Su claro talento, su explicacion, su honradez, le captaron el aprecio de sus jefes, y sin faltar á sus deberes, haciendo grandes sacrificios, frecuentó las cátedras de Derecho, llevando á ellas el honroso uniforme que vestia.

Sus maestros le estimaron tambien, y pocos hay que en sus condiciones hayan hecho una carrera más brillante que la suya.

Terminada, desempeñó interinamente una cátedra en Zaragoza, y ardiente partidario de la causa carlista desde que estalló la revolucion, fué uno de sus más entusiastas propagadores.

Preso en Pamplona, fué presentado como diputado por el comité carlista de Navarra y fué elegido por gran número de votos.

En el Congreso ha sido infatigable actividad de la causa que defiende.

Su serenidad y bravura le han distinguido.

Ochoa tiene escasamente 30 años.

OFFENBACH.

Offenbach es al mismo tiempo un tipo célebre, y un célebre compositor de música.